

yeron las murallas de Jericó, y cuando fué depositada en casa de Obededom, trajo consigo mil bendiciones. Pero ¿qué es esto en comparación del arca de la Eucaristía, donde se contiene, no ya el Maná, la vara y la Ley, sino al Autor, Dios y Señor de la Ley, de la vara y del Maná, adorado de los querubines del cielo y de las almas buenas de la tierra? ¿Qué tienen que ver las bendiciones de Obededom con las que recibe el alma cristiana cuando tiene la dicha de recibir dignamente la sagrada Eucaristía?

El Arca de la Alianza fué tocada por mano imprudente, por el infeliz Oza, y éste al punto quedó herido de muerte; los bethsamitas la miraron con curiosidad indiscreta, y sólo por esto murieron setenta mil... ¿Qué no hará el Señor con los sacrílegos profanadores del Santísimo Sacramento? ¡Quién no tiembla al celebrar ó comulgar indignamente!

12. LOS PANES DE LA PROPOSICIÓN. — Por último, los panes de la proposición también figuraron por modo expresivo el Sacramento de nuestros altares. Dichos panes estaban perpetuamente sobre el altar, en homenaje de ofrenda, de adoración y de súplica á Dios Omnipotente: ¿qué fué esto sino un bosquejo de la Eucaristía, permaneciendo siempre en nuestros altares para en ella el unigénito Hijo ofrecerse al Eterno Padre en homenaje de adoración, de agradecimiento y de ruegos por nosotros? Dios no es ni puede ser adorado por los hombres tan dignamente como El merece; mas en la divina Hostia, Dios es infinitamente honrado, tanto como El es digno de serlo, puesto que Dios infinito se ofrece á Dios infinito. ¡Qué consuelo para las almas buenas, ansiosas de que el Señor sea infinitamente glorificado! Sólo por esto debe ser la Eucaristía el encanto de los fieles de Cristo y las delicias de su corazón piadoso. El alma buena busca para Dios gloria infinita, é infinita gloria encuentra en el Santísimo Sacramento.

Los panes de la proposición eran realmente propiedad de los sacerdotes, pero ellos los repartían con prudencia á los que iban á combatir, si sus corazones estaban puros; y eso mismo se verifica en nuestros templos, donde los sacerdotes tienen como sumo bien la Sagrada Eucaristía, cuidando de distribuirla á todas las almas puras que lo desean para mejor combatir sus pasiones y las flaquezas de su espíritu.

Pero dejemos ya las *figuras*, porque nos haríamos interminables y pasemos á considerar brevemente las *profecías* y las *promesas* del Sacramento de amor.

§ II

DE ALGUNAS PROFECÍAS Y PROMESAS DE LA EUCHARISTÍA

13. Profecías de la Eucaristía. — **14.** Promesas de la Eucaristía. — **15.** Efecto que hicieron en los discípulos de Jesús. — **16.** Cómo la entendieron los judíos. — **17.** Resumen y conclusión.

Cuando un acontecimiento contingente y libre, sin relación necesaria con las ciencias humanas, y que en manera alguna natural ha podido ser previsto, es, sin embargo, anunciado con grande anticipación por varias personas en diferentes tiempos y lugares, y después los hechos corresponden exactamente con sus predicciones, sin duda alguna aquel acontecimiento es divinamente revelado. Tal es el caso en que nos encontramos respecto de la Eucaristía.

13. Hállanse en el Antiguo Testamento dos profecías célebres que se refieren al Sacramento de nuestros altares, considerado como *sacrificio*; una del Profeta Malaquías (I, 10-11), y otra del Santo Rey David. (Psalm. XXIX, 7-9.)

El pueblo judío, sin ver claramente lo que nosotros vemos, comprendió bien que un sacrificio nuevo, *más excelente*, había de sustituir á sus sacrificios. La predicción de Malaquías lo expresa de esta manera: *No tengo en vosotros (los sacerdotes) complacencia alguna, dice el Señor de los ejércitos, ni recibiré ofrenda de vuestras manos; mas desde Levante á Poniente será ofrecida á mi nombre una oblación pura.* Lo cual es como si el Señor dijera á aquel pueblo: «Desde ahora os hago saber que vuestro templo y vuestros sacrificios van á ser abolidos, y que en cambio mi nombre será engrandecido por toda la redondez del orbe con un *sacrificio limpio y puro*,» esto es, con el Santo Sacrificio de la *Misa*, en cuya Hostia se contiene real y verdaderamente el Cuerpo, la Sangre y la divinidad de mi Hijo unigénito Jesucristo.

Y como si esto no fuera bastante expreso, habla el Real Profeta, y anunciando la Eucaristía, pone en boca de Jesucristo las siguientes palabras: *Señor y Dios mío, sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me has dado un cuerpo... y he aquí que vengo para hacer tu voluntad.* (Psalm. XXXIX, 7 y sig.) Es decir; que serán abolidos los sacrifi-

cios de la Ley antigua para dar lugar al grandioso y único sacrificio de la Ley nueva, por Cristo nuestro Señor, quien, como dijo San Pablo, habló á su Eterno Padre del siguiente modo: «Padre mío, no has querido aplacarte con sacrificios de animales, ni con ofrendas de panes y perfumes, sino con una Víctima de infinito precio, y por esto decretaste en tus consejos eternos que tomase yo cuerpo mortal para expiar la desobediencia del primer hombre con mi obediencia hasta la muerte. Quita, Señor, lo primero para establecer lo segundo. *He aquí que vengo para hacer tu voluntad.* (Hebr., X, 7-10.)

14. Luego, sin más que estas profecías, confirmando las figuras, consta por modo innegable la hermosa realidad del Sacramento eucarístico. Mas siendo este innegable misterio un milagro tan sorprendente, tan contrario á lo que nos muestran los sentidos, y tan por cima de la razón humana, Cristo nuestro Señor, como sabiduría infinita, tuvo por bien tomar toda suerte de precauciones para que nosotros quedemos completamente seguros de la verdad del Sacramento, y al efecto Él mismo le *anuncia y promete* á sus discípulos y al pueblo judaico, á fin de ir poco á poco grabando en su inteligencia la idea asombrosa de la sagrada Eucaristía. Consideremos sus divinas palabras, que son expresivas y consoladoras sobre todo en carecimiento.

Acababa el dulcísimo Salvador de obrar el portentoso milagro de los panes en presencia de sus discípulos y de cinco mil personas, y tomando de aquí ocasión de anunciarles que Él les daría á comer su propio cuerpo y á beber su propia sangre, les dice: (Joann., VI, 29.) *Esta es la obra de Dios, que creáis en Aquel que Él envió.* —Lo cual fué decirles: «Lo primero es que creáis en mí, porque la fe es fundamento de la salvación. — ¿Qué milagros haces — le dijeron — para que creamos en tí? Ya hemos visto que has dado de comer á cinco mil hombres con cinco panes; más ¿qué es esto en comparación de lo que hizo Moisés, que alimentó un pueblo innumerable con un pan que bajaba del cielo todos los días?» — Y Jesús les dijo: *El verdadero Pan del cielo no fué aquel que Moisés dió á vuestros padres en el desierto; porque aquél no fué más que figura del verdadero Pan que los da hoy mi Padre... Yo soy el Pan vivo, que descendí del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente, y el Pan que Yo daré es mi carne, que será entregada por la vida del mundo.* Palabras memorables que, según San Agustín y Santo Tomás, demuestran claramente, no sólo que Jesucristo había de ser crucificado por la salvación de los hombres, sino que había de dar á comer su carne y á beber su sangre en la

sagrada Eucaristía. Con efecto: en ellas Jesús determina un *pan* y un *vino* que no les ha dado todavía, pero que se lo dará; un *pan* y un *vino* que serán su propia carne y su propia sangre; un *pan* y un *vino* que les será de necesidad comer y beber, si quieren conseguir la vida eterna; un *pan* y un *vino* con el cual ellos y El se unirán íntimamente, formando como una sola cosa: *El que come mi carne y bebe mi sangre — dice en mi mora, y Yo en él.* (Joann., VI, 57.) No es posible emplear expresiones más claras ni más terminantes para que todos comprendieran el misterio eucarístico. Sin embargo, ¿cómo lo entendieron aquellas gentes?

15. Los discípulos del Señor que le seguían y en verdad le amaban, dijeron: *Duro es este razonamiento: ¿quién le podrá soportar?* Como diciendo: «Esta es una doctrina terrible. ¿Quién puede oír sin horror que sea cosa precisa comer la carne y beber la sangre de este hombre para vivir eternamente?» Mas Jesús, que con su divina luz penetró las secretas murmuraciones de ellos, les dijo: *Las palabras que os he dicho, espíritu y vida son.* (Joann., VI, 61-65.) Lo cual — expone el Crisóstomo — fué como decirles: «El misterio que yo os propongo es sobre todo lo que alcanzan los sentidos, y de nada sirve quererle examinar con ojos carnales. El Espíritu de Dios es el que da la inteligencia, sometiendo la razón. Mis palabras tienen un sentido elevado y sublime; son espíritu y vida para quien las sabe entender. Y así, aunque os propongo la necesidad de comer mi carne y de beber mi sangre para conseguir la vida eterna, no lo habéis de entender de una manera carnal, sino espiritual, aunque muy real; porque será en un Sacramento que ocultará á vuestros ojos mi verdadera carne y sangre.» (Nota del P. Scio) (1).

San Pedro y los otros once discípulos tampoco entendían el cómo del misterio; mas Simón Pedro respondió por todos, diciendo: *Señor, tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* (Joann., VI, 69-70.) He aquí un modelo de conducta para nosotros. Jesucristo ha querido que sus palabras en este punto sean tomadas *á la letra*, y que se entiendan de una *manducación real*; así lo entendieron los discípulos fieles,

(1) Las palabras de Cristo: *El espíritu es el que vivifica, la carne nada aprovecha, y las palabras que Yo os he dicho son espíritu y vida*, son interpretadas falsamente por los herejes. San Agustín deshizo el error en que se encontraban, en el tract. 27, in Joann. núm. 5 y puede verse sobre este punto el P. José Deharbe, vol. IV, pág. 262, núm. 2, edición de Madrid en 1895.

así lo aceptaron, porque ellos no dudaban ni de la verdad de las palabras de Jesús, ni de su poder para realizarlas, y así lo hemos de entender y aceptar nosotros, porque *Cristo es Hijo de Dios vivo y puede hacer cuanto quiere.*

16. Se trata, pues, de una *manducación real*, y así lo comprendieron hasta los mismos judíos, quienes, asombrados, dijeron, altercando unos con otros: *¿Cómo nos puede dar éste su carne á comer?* Y Jesús, en vez de disuadirles de esta idea, les confirma en ella, diciéndoles: *OS ES NECESARIO comer mi carne y beber mi sangre; porque si no lo hicieréis, no tendréis vida en vosotros* (Joann., VI, 54); es decir: «No podréis salvaros.—OS ES ÚTIL recibirme en alimento, porque sólo de esa manera os resucitaré gloriosos en el último día.» (Joann., VI, 55.) Y para que acaben de vencerse sus corazones rebeldes, les insinúa inmediatamente la razón diciendo: *Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida.*

Aquí no caben dudas, por más que disparaten los herejes—El Señor pone como un sello divino á esta enseñanza, por estas palabras: *El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora y Yo en él; vive por mí, como Yo vivo por mi Padre.* (Joan., VI, 57.) Lo cual equivale á decirnos: «Como Yo vivo por la unión que tengo con mi Padre celestial, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma en el Santísimo Sacramento, vivirá también una vida eterna sobrenatural y divina por la unión que tiene conmigo.» ¡Qué promesa tan magnífica y consoladora!

17. He aquí, en breve resumen, lo que hemos llamado *preparación á la Eucaristía*. Las *figuras* que la delinearán están terminantes; las *profecías* son expresivas y clarísimas; la *promesa* es de nuestro Señor Jesucristo, Verdad infalible, que no puede engañarse ni engañarnos. ¿Qué resta ya? ¡Ah! Únicamente comprobar la realidad dogmática de la Eucaristía por *el hecho histórico de su institución divina*, tal como la hallamos expresada en la narración evangélica. Dulcísimo y amorosísimo Señor sacramentado, océano de amor y de santidad para los humanos corazones, manjar suavísimo para nuestras almas necesitadas, prodigio de los prodigios de Dios, amor de los amores divinos: iluminad nuestro entendimiento para que podamos vislumbrar siquiera los fulgores inefables de la doctrina eucarística, y exponerla con sencillez á las almas fieles, y que ellas, y nosotros, y todo el linaje humano, caigamos postrados en humilde acatamiento ante vuestra Majestad soberana, diciendo una y mil veces: *¡Bendito y alabado sea en cada momento el santísimo y divinísimo Sacramento!*

CAPÍTULO XIV

Institución y motivos de la Sagrada Eucaristía.

- 1.** Circunstancias de la institución de la Eucaristía — **2.** Naturaleza de esta institución. — **3.** Jesucristo se contiene en la Eucaristía.

DIOS nuestro Señor, criador de cuanto tiene ser, y que en su infinita sabiduría lo ordenó todo perfectísimamente, hizo en lo material que á los esplendorosos rayos del sol precedieran los débiles fulgores de la aurora, y por modo semejante tuvo por bien que en lo moral el soberano misterio eucarístico fuera precedido de *figuras, profecías y promesas*, como pálidos reflejos de la realidad del Sacramento. Ya hemos indicado dichas figuras y profecías, y también la solemne promesa que de tan augusto misterio hizo el Salvador del mundo á sus discípulos y á los judíos; ahora resta sólo declarar su exacto cumplimiento en la *institución divina* de la Eucaristía, según la narra el Santo Evangelio.

1. Mucho deben notarse las circunstancias de esta institución, pues la hizo Jesucristo en la víspera de su muerte, en presencia de sus discípulos, al fin de la cena legal, después de haber comido la carne del cordero figurativo (1), como diciendo: «Hagamos el tránsito de la figura á la realidad: ahora que voy á salir de este mundo, ahora que son los momentos más solemnes de mi vida, ahora que mis palabras revisten forma de testamento y se os quedarán mas impresas..., ahora quiero dejaros los tesoros de mi corazón divino, quiero hacer vuestros mi cuerpo, mi sangre y mi vida; quiero instituir el Santísimo Sacramento para vosotros, y como prenda del amor que os tengo.» ¡Oh amor inmenso del corazón de Jesús!

(1) Así lo exponen San Jerónimo y Santo Tomás. Véase Suárez, t. XX, p. 737 á 758. edición de París, 1877.